

OCHO APPELLIDOS

MARIO ALBELO • BORJA ECHEVARRÍA



MARIO ALBELO Y BORJA ECHEVARRÍA

OCHO APELLIDOS



ESPASA

© Telecinco Cinema S. A. U., 2015

© Espasa Libros S. L. U., 2015

Historia basada en los personajes de las películas *Ocho apellidos vascos* y *Ocho apellidos catalanes*, producidas por Telecinco Cinema y LAZONA.

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño,

Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de portada: Quim Vives

Redacción y versión final del texto: Mario Albelo Orgiler y Borja Echevarría Pato

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito Legal: B. 23.965-2015

ISBN: 978-84-670-4630-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com

www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

ÍNDICE

1. LA VIDA EN ARGOITIA.....	9
2. LA LLEGADA	25
3. LA COMIDA	51
4. LA DESPEDIDA.....	75
5. RESACÓN EN ARGOITIA	93
6. LA OTRA DESPEDIDA.....	111
7. VUELVE LA CALMA.....	129
8. EL CUMPLEAÑOS	147
9. VUELTA A CASA	163
10. LA RECONQUISTA	179
EPÍLOGO.....	201

1

LA VIDA EN ARGOITIA

—*Ojú*, la *pechá* de lluvia que está cayendo. El miércoles le dije a mi suegro: «Tú tranquilo, Koldo, que en diez minutos escampa y se queda un día de lujo». De eso hace tres días y aún no ha parado de jarrear. Como siga así nos van a tener que sacar de aquí en patinete.

Rafa se rio él solo de su propio comentario. Su interlocutor, un señor más vasco que un aurreku, le miró serio.

—Un patinete, vamos, de los de la playa de toda la vida, que tienen pedales... —trató de explicar Rafa.

—Nombre y apellidos.

A Rafa se le congeló la sonrisa y notó cómo el salero andaluz se le iba diluyendo con el sudor de sus manos

hasta dejarle marca en el pantalón rosa de pinzas que se había puesto para la entrevista.

—Rafael. Rafael Quirós. Pero, vamos, que si quiere me puede llamar Rafa, para romper un poquito el hielo.

—Vive usted en Argoitia, ¿no?

—Hombre, vivir lo que es vivir... Llevo aquí unos meses, en plan visita. Pero yo me considero ciudadano del mundo...

—¿Ciudadano qué?

—Que sí. Que vivo aquí. En la Urbizu Kalea, entre el Eroski y el frontón. Vamos, que lo mismo puedo ir a comprar unas chistorras que jugar un poco a cesta pelota.

—¿Euskera habla?

—Bai —le dijo Rafa con orgullo—. Habrá notado que le podía haber dicho que sí, en castellano, pero es que me sale en euskera, de natural.

—Zer ordu da?

—Bai, bai.

—Le he preguntado que qué hora es.

El nerviosismo de Rafa subió un par de grados, y la temperatura de su cuerpo, otros cuatro.

—No, a ver, que era un bai no de sí del todo, era más un bai de que sí que quiero aprender euskera y estoy en ello, pero me va a reconocer usted que fácil, lo que es fácil, no es.

El entrevistador hizo algunas anotaciones en su cuaderno y tras un suspiro continuó con la entrevista. Mien-

tras, Rafa se aferraba disimuladamente a una estampita de la Virgen de Regla que siempre llevaba en el bolsillo para ocasiones como esta.

—¿Vive solo, en pareja...?

—Con mi novia, Amaia. Bueno, y con mi suegro. Y con Merche, su pareja. La de Koldo, no la de mi novia, a ver si me entiende...

—A ver si he entendido bien: tiene treinta y seis años y sigue viviendo con sus suegros.

Rafa tragó saliva y asintió.

—¿Y ha tenido otros trabajos en Argoitia?

—¿Trabajos? Los riñones me he dejado yo trabajando aquí en este pueblo. Que los andaluces tenemos fama de vagos, pero cuando nos ponemos... lo mismo te montamos una Expo y todo.

—¿Y en qué ha trabajado?

—¿Eh? En... en lo que viene siendo así, por decirlo de alguna manera... Un puestecito bastante majo en una empresa clave en las finanzas españolas. Españolas y vascas, no me malinterprete.

—¿Pero qué hacía?

—Montaba bolis.

—¿Perdón?

Rafa pensó que quizá no iba a dar buena imagen si le narraba con detalle que se tiró cinco semanas montando bolígrafos en casa, a nueve euros cada doscientos bolígrafos. Y que, además, le echaron a los diez días por no cum-

plir los plazos del contrato. Así que cambió bruscamente su historia sobre la marcha y fingió que lo de los bolis había sido una broma y que en verdad había trabajado en una gestoría.

—Pero cuál era su labor, exactamente.

—Gestionar. Gestionar... cosas.

Tenía la ligera impresión de que el entrevistador no había quedado muy fascinado con su relato. Por eso se lanzó a contarle con detalle sus años de camarero en el tablado de Sevilla junto a Curro y Joaquín, sus amigos del alma. Incluso se jactó de tener el récord de rebujitos servidos en la Feria de Abril de 2011. El mismo año en el que también batió el récord de números de teléfono conseguidos para su churriagenda en una sola noche, aunque eso prefirió omitirlo.

Tres días después de la entrevista, Rafa recibió una llamada: el puesto era suyo. Empezaba como camarero en el batzoki de Argoitia. Por fin tenía un trabajo digno. Bueno, ocho horas al día sirviendo txakolís y limpiando retretes tampoco es que fuese un trabajo muy digno. De hecho, ni siquiera era un trabajo, porque el contrato era de prácticas por cuatrocientos diez euros al mes y sin derecho a propinas. Pero al menos era algo con lo que apaciguar a Koldo, que seguía teniendo el prejuicio del andaluz perezoso y holgazán. En parte basado en las siestas interminables que Rafa se pegaba cada día después de comer.

Koldo. Desde luego ese había sido el hueso más duro de roer en los siete meses que llevaba en Euskadi, o en las Vascongadas, como aún se le escapaba a Rafa de vez en cuando. Pero Koldo ya no se refería a su yerno como «el andaluz de los cojones», ahora solo hablaba de él como «el andaluz», todo un logro conseguido a base de repetidos sacrificios. A menudo, Rafa acompañaba a su suegro a recoger setas a las cinco de la mañana, experiencia que le sirvió para dos cosas: una, aprender a levantarse a la hora a la que él solía llegar de fiesta en Sevilla. Y dos, comprobar que para subir al Gorbea es mejor hacerlo con botas de monte y no con mocasines de ante con borlas.

Otra experiencia que también reforzó la amistad entre ambos fue la salida que hicieron juntos en el Sabino, el pesquero de Koldo. Según este, salieron solo a ver si pescaban alguna cosilla para la cena. El paseo en barco se convirtió en semana y media a la deriva por el mar Cantábrico. Rafa no vomitaba tanto desde el botellón que hizo en las fiestas de Utrera antes del concierto de Manu Tenorio.

—¡Lo mejor para que no te entren las náuseas es mantenerse ocupado, Rafa! —le gritó Koldo en mitad de la Tormenta Perfecta.

—Voy haciendo la comida a ver si se me corta el grifo, que a este paso acabo en urgencias.

—La única comida que nos queda son los bonitos, así que vete destripándolos uno a uno. Y después te pones con los verdes.

Efectivamente, Rafa acabó en urgencias con un cuadro de deshidratación severa. Aunque salvo este pequeño incidente marino, la comida resultó otro nexo de unión entre Koldo y él. Se había convertido en el conejillo de indias de su suegro y siempre era el primero en degustar los platos que preparaba. Lo que le costaba un poco más era pronunciar sus nombres: marmitako, tripotx, intxaursalsa, goxua... Todo le sonaba como a nombres de Gormitis. Eso sí, había que reconocer que Koldo tenía buena mano para los fogones, y por muchas kas y equis que tuviesen sus platos, estaban deliciosos.

El día de San Rafael, como cosa excepcional, Koldo permitió que Rafa tomara los mandos de la cocina. Más contento que unas castañuelas, se marcó una bandeja de papas aliñás, uno de los platos típicos de su tierra. Koldo pinchó dos patatas con un palillo, las observó sin ninguna confianza, las olió, y se las metió en la boca. Se tomó su tiempo, se recostó en la silla de la cocina y masticó sin prisa mientras Rafa le miraba con orgullo y satisfacción. Su veredicto: «Ya estás tirando esas patatas al perejil por el retrete. Me voy a echar un pote a ver si me quita el regusto de la mierda esa».

Así era Koldo. Pero Rafa sabía que debajo de ese escudo antimisiles se escondía algo parecido al cariño. Cariño que le demostraba con manotazos en la espalda que le dejaban el hombro anestesiado durante varios minutos. Aun reconociéndole ese afecto soterrado, Rafa necesitaba

de vez en cuando cierta desintoxicación vascuence, cualquier cosa que le acercase por unas horas a esa España que tanto echaba en falta. Añoranza que compartía con Merche, porque cuando coincidía que Koldo y Amaia estaban fuera, aprovechaban para hacerse sus migas con chorizo, mientras escuchaban a todo volumen un CD de Pablo Alborán que Rafa escondía celoso en el bolsillo interior de uno de sus abrigos.

De cualquier manera, Rafa también se esforzaba por participar del ocio que ofrecía Argoitia, es decir, bares, sidrerías, un frontón y el cine Igeretxe, donde se había tragado los taquillazos del momento: *Supermán* altzairu gizona, *Budapest* hotel handia y *X-Men*: Azken etorkizuneko egunak. Siempre con la linterna del móvil apuntando a su libro *Euskera para Dummies* con la esperanza de poder hacer una traducción simultánea. Aprender no aprendió mucho, más bien nada. Lo único que le quedó claro es que Bakarrik zu zatoz? significaba «¿Viene usted solo?», que es lo que siempre le preguntaba la taquillera.

Lo de hacer amistades le resultó más complicado pero, eso sí, consiguió algo inaudito hasta la fecha. Es sabido que en los bares vascos se sigue esa tradición de las cuadrillas de chicos por un lado y las de chicas por otro. Pues Rafa fue capaz de que aquel panorama cambiase por primera vez en la historia. Ahora se podía ver a los chicos a un lado, a las chicas en otro, y entre ambos grupos, más solo que la una, a Rafa, apoyado en la barra y sorbiendo

un Malibú con Coca-Cola. Cuando por fin se desinhibía un poco, soltaba un «Kaixo!», así un poco al aire, o un socorrido «¿Hora tienes?», con la esperanza de entablar cualquier tipo de conversación, aunque fuera sobre la recolecta del pimiento de Gernika. Pero Argoitia era terreno muy duro para forjar amistades. Si en Sevilla lo normal era salir con sus cuatro amigos y acabar la noche con quince desconocidos que se habían unido al cachondeo, en Argoitia el desconocido siempre era Rafa y nadie parecía querer acabar la noche con él. Ni empezarla. Y cachondeo, el justito.

Para no aburrirse en aquellas noches interminables, se dedicaba a mirar en el móvil las fotos de las últimas juergas que se había pegado con Curro y Joaquín antes de mudarse al norte. Aquello le animaba un poco y se prometía llamarles al día siguiente para ver cómo les iba por allí abajo. Después siempre se rajaba por miedo a que le entrara la morriña. Se los imaginaba como les dejó, cada uno con su botellín en la mano, enseñando a bailar sevillanas a las Erasmus danesas o invitándolas a pescaíto frito en alguna terraza de Triana frente a la Torre del Oro, en una noche estrellada de primavera, con el Guadalquivir susurrando...

—Chsssst. ¡Eh, txotxolo! ¿Estás *embobao* otra vez o qué hostias? ¡Venga vente para acá, cago en sozt!

Siempre era igual con Koldo. Primero le insultaba con cariño y después le invitaba a unirse a él y sus amigos a

jugar al mus. Y así acababa Rafa las noches del sábado, jugando a las cartas con su suegro y otros tres señores medio borrachos. Y con cincuenta euros menos en la cartera, porque Koldo y su cuadrilla siempre, siempre, le acababan desplumando.

La vida de Rafa en Argoitia no era precisamente de ensueño, sin embargo, había algo que compensaba todo lo demás. Por muy mal que se hubiese dado el día, por muchos retretes que hubiese limpiado en el batzoki y por mucho que le doliese el hombro por las sacudidas de Koldo, cuando llegaba a casa y veía a Amaia, aquello era como un bálsamo que le sanaba las heridas. Rafa la observaba constantemente, sin que ella se diese cuenta. Se fijaba en su cuello, largo como un cisne, en ese flequillo monísimo cortado por un demente y que le sobresalía por debajo de la cinta morada que llevaba sobre la melena. Y sobre todo, se fijaba en esa carita de rasgos perfilados a cincel, o «de gitanita mora» como pensaba Rafa para sus adentros, aunque por supuesto nunca se lo decía. Cuando ya no se podía contener más, se iba hacia ella con ese puntito de borrachera de endorfinas de los enamorados y le decía:

—¡Buenas noches, princesa!

—Vete a tomar por culo, Rafa, que no estoy de humor.

No es que Amaia no quisiese a Rafa, era solo que en cuanto a expresividad afectiva estaba al mismo nivel que Robocop. La mala leche le venía de serie, en unos genes

que eran una mezcla de la frialdad típica de la zona y la mala gaita de su padre.

Por las noches Rafa se había acostumbrado a la manía de Amaia de dormir cada uno en su lado del colchón. Ahí se levantaba un muro no visible que ríete tú del de Gaza. Pero a eso de las dos, cuando ella dormía profundamente, Rafa se acercaba a abrazarla por detrás y hundía la cara en su espalda. Al día siguiente, Amaia amanecía siempre agarrada a uno de sus brazos, y Rafa se derretía por dentro, cogía el despertador y lo atrasaba diez minutos para alargar la situación al máximo.

Aun con todas esas trabas, la relación entre Rafa y Amaia se había consolidado y pasaba por su mejor momento. Los meses que llevaban de convivencia les habían servido para conocerse mejor y descubrir más cosas el uno del otro. Y lo que habían descubierto les gustaba mucho. Bueno, excepto que Rafa se anudara aquel jersey amarillo al cuello y que hubiera sintonizado la TDT para poder ver los programas de Juan y Medio. Aquello Amaia lo odiaba, le daba asco, lo detestaba con toda su alma. Pero por lo demás, todo genial.

Tan a gusto estaban el uno con el otro que un 27 de septiembre, a primera hora del día, mientras observaba con ternura cómo dormía Amaia aferrada a su brazo, Rafa decidió que había llegado el momento de pedirle en matrimonio. Quería que fuese algo especial, no como cuando se lo pidió en el disco pub El chispazo de Sevilla

a una belga que había conocido media hora antes mientras bailaban un perreo a ritmo de Daddy Yankee. Ni como esa otra vez que se lo propuso por SMS a las cinco de la mañana a una novieta que se echó en Tarifa. No, esta vez tenía que ser algo serio y bien hecho. Así que se metió en Google y escribió: «Ideas para pedidas de mano guapas y cachondas», pero excepto un videotutorial bastante gracioso de un ecuatoriano, no encontró nada convincente. Tendría que pensar por sí mismo en una pedida de mano auténtica, hecha a medida para Amaia Zugasti.

Tres días más tarde, Rafa se encontraba en un local de ensayo en Pamplona junto a otras cuatro personas. Leía un papel mientras el resto le observaban extrañados.

—Tus costillas contra el suelo... hostia en la boca, hostia en los huevos —comentó Rafa mientras levantaba la vista del papel—. Oye, ¿pero esto es legal decirlo? A lo mejor por eso nunca os han llevado a Eurovisión.

—Chaval, que somos Barricada, no Mocedades —le soltó El Drogas, mítico cantante de la banda—. ¿Tú nunca has estado en un concierto de rock o qué cojones?

—Mire, don Drogas, ahí ha dado usted en hueso, porque a los Mojinos Escocíos les habré visto lo menos tres veces y otra estuve a punto de ir a un *unplugged* de Medina Azahara.

Los músicos aguantaron la risa como pudieron. Barricada era el grupo favorito de Amaia y Rafa había conse-

guido contactar con ellos gracias a un compañero del bat-zoki, primo segundo del batería.

—A ver, troncos —Rafa intentó ganarse la confianza del grupo imitando su jerga—. Yo sé que esto de las bodas a vosotros os parecerá tope de carga, una *full* de Estocolmo... o de Estambul, o como se diga. Pero a mi chorba le van estas movidas jartas, ya sabéis cómo son las pibitas...

—Vas a sorprenderla en la pedida de mano y quieres que le firmemos unos discos, ¿no? —soltó uno de ellos antes de desenroscar con los dientes el tapón de una litrona.

—No. Quiero que toquéis para ella.

Al de la litrona se le calló el tapón al suelo. Los Barricada llevaban años separados y ningún promotor ni nadie había conseguido volverlos a juntar.

—Por lo que más queráis en el mundo: la cerveza, las navajas, la droga dura o lo que sea... Ayudadme, que sé que si tocáis para ella, se muere de la ilusión.

Los del grupo no daban crédito a la situación. Un sevillano de acento cerrado, con mocasines y pantalón rosa, les estaba proponiendo reunirse de nuevo para una pedida de mano.

—Venga, hombre. Que detrás de esas melenas y las camisetas de calaveras estoy seguro... No, no del todo seguro, pero casi, de que tenéis un corazoncito.

Finalmente, y tras beberse dos litronas y darle tres caladas a un porro de marihuana, Rafa se ganó la confianza de los músicos. Eso sí, le pegó tal bajada de tensión que

el mismo Drogas le tuvo que sacar a la calle a rastras a que le diera un poco el aire. Pero había merecido la pena.

Todo salió según lo previsto. Amaia llegó al batzoki para recoger a Rafa con el taxi, y una vez dentro, se apagaron las luces, se encendieron unas bombillitas de colores —las de Navidad con cara de Papá Noel, las únicas que Rafa pudo conseguir a última hora— y la banda empezó a tocar. Rafa salió de la cocina y se acercó a Amaia sonriendo. Intentó agarrarla y bailar juntos un rato, pero los berridos de El Drogas a medio metro tampoco ayudaban mucho. Amaia, sin embargo, no había expresado tantas emociones juntas en su vida. Se rio más que nunca, saltó, cantó y, por supuesto, se emocionó. Al final de la cuarta canción, Rafa sacó una cajita negra de terciopelo e hincó la rodilla en el suelo de baldosín.

—Amaia Zugasti, ¿quieres casarte conmigo?

Amaia, le dijo que bai, que sí quería. Rafa cogió el anillo de oro y zafiros y se lo colocó en el dedo correspondiente mientras los otros dos camareros del batzoki aplaudían. Amaia rompió a llorar. Rafa también lloró, incluso dos veces: cuando Amaia aceptó casarse con él y cuando les tuvo que pagar a los del grupo cuatro mil euros en metálico, casi todo lo que tenía ahorrado en su cuenta.

No le había quedado a Amaia un buen recuerdo de su última despedida de soltera, y eso que aquel fin de semana en Sevilla le sirvió para conocer a Rafa. Siempre le venía a la cabeza la humillación y el desplante de su entonces pro-

metido, que la dejó en la estacada días antes de la boda. Rafa, aun así, trató de convencerla para que hiciese algún plan con las amigas y se quitara aquel mal sabor de boca. Aunque solo fuese acercarse a San Sebastián para tomar algo. Lo hacía por ella, para que superara el dichoso trauma. Tras mucho insistir, al final lo consiguió. Amaia no pudo negarse cuando sus amigas se presentaron en casa para llevársela a un plan sorpresa. Rafa se despidió de ellas haciéndose el sorprendido, aunque fue él mismo quien convenció a Iratxe y a Edurne para que se la llevaran y se desfogara un poco.

En cualquier otra ocasión Rafa estaría nerviosísimo sabiendo que su novia estaba de despedida de soltera bebiendo chupitos, con varios genitales de plástico en la cabeza y bailando con *strippers*. Pero en Argoitia, no. Para la vida diaria aquel pueblo era un infierno de aburrimiento, pero para que tu novia se fuese de marcha, era una bendición del cielo. Rafa estaba convencido de que una despedida organizada por las amigas de Amaia solo podía consistir en dos cosas: tomarse un par de sidras e irse a casa de alguna de ellas a ver en DVD la última temporada de *Goenkale*, el culebrón estrella de la televisión vasca.

Esa misma noche, mientras Merche y Rafa aprovechaban la ausencia de los Zugasti para hacerse uno de sus cenorrios españoles, a Rafa se le atragantó un trozo de tortilla de patata en mitad de la tráquea. Acababa de ver en la cuenta de Euskogram de Amaia una foto con sus

amigas en un privado de Amnesia, en Ibiza. Las tres abrazadas a un musculoso que, por la gorra reglamentaria y las esposas, se suponía que era un policía. Del resto del uniforme, ni rastro. Menos mal que la mesa repleta de cubatas tapaba al falso agente de la ley de ombligo para abajo y Rafa no vio más que lo que quería ver.

Casi veinticuatro horas después, Amaia llegó a casa con cara de agotamiento extremo. Rafa intentó disimular que llevaba todo el día esperándola al lado de la puerta, con un nudo en el estómago formado, mitad por envidia, mitad por celos. Había cogido un trapo y hacía como que limpiaba la mesilla de la entrada.

—¡Ya estoy aquí! —le saludó Amaia totalmente ronca, mientras soltaba la maleta.

—Ay, hola. Se me había olvidado que te habías ido con estas de despedida, ¿todo bien?

—Muy bien, ¿y tú qué haces limpiando a las doce de la noche?

—¡No me cambies de tema, Amaia, que se te da muy bien, y si vienes cansada por algo será, digo yo! —a Rafa se le notó el resquemor.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Amaia, extrañada.

—A mí no, ¿y a ti? Que desde que has llegado estás irreconocible.

—¿Estás celoso por lo de la foto que subí?

—Lo primero, no sé a que foto te refieres. Y lo segundo, si por un casual te estuvieses refiriendo a la foto del

policía en el puticlub de hombres ese al que fuisteis, ya te gustaría a ti que estuviese celoso.

—Anda, tonto, ven aquí, si te he echado un montón de menos.

Amaia agarró a Rafa de las patillas y le plantó un beso en la boca. Rafa se quedó triplemente sorprendido. Primero porque Amaia jamás le había dicho que le echase de menos, segundo porque le había dado un beso en la boca sin que fuese su cumpleaños o Nochevieja, y tercero porque ni con el beso podía borrar la imagen del *stripper* y de lo que habría detrás de aquella mesa repleta de cubatas.

—Además, tu despedida de soltera comparada con la que estoy montando yo va a ser como si os hubieseis ido al Chiqui Park de Usurbil.

—Ah, ¿que tú también vas a hacer despedida? ¿Con quién, con los camareros del batzoki? —dijo Amaia burlesca.

—Con medio Sevilla. Me falta cerrar un par de detallitos nada más. Y no te pongas nerviosa desde ya, que ese día voy a intentar beber lo justo por lo que pueda pasar. Tampoco te prometo nada, ojo, que la cosa tiene pinta de fiestón épico.

En cuanto Amaia entró en la cocina, Rafa subió a la habitación saltando los escalones de tres en tres, se metió en la web www.diseñofacil.com y cinco minutos más tarde ya les estaba mandando la invitación del fiestorro a todos sus contactos sevillanos.